

Año II

Diciembre de 1934

Núm. 10

Revista de Derecho

SUMARIO:

Editorial	<i>Derechos civiles de la mujer.</i>
Pedro Aguirre Cérda	<i>Nacionalismo</i>
Francisco Jorquera F.	<i>La reforma de la ley de elecciones.</i>
Rolf. F. Siebel J.	<i>El derecho internacional de las obligaciones.</i>

NOTAS AL MARJEN.—«*La cátedra de introducción al estudio del derecho*». «*El derecho de familia en la legislación rusa*». «*Antecedentes de la ley 5478*».

REVISTA DE REVISTAS.—«*El homicidio por piedad*» «*Capacidad jurídica de la mujer casada*». «*Servidumbres eléctricas*» «*El lenguaje de los testigos*».

JURISPRUDENCIA.—«*De la interpretación de las leyes tributarias*» «*De la entrega de aguas que han sido objeto de un contrato de compra-venta*». «*De las adquisiciones hechas en la quiebra por el acreedor hipotecario*». «*De la nulidad del matrimonio*». «*De la naturaleza del derecho real de herencia*». «*De la reclamación sobre aplicación de un impuesto*». «*De la citación de evicción en los juicios de desposeimiento*». «*La tuberculosis pulmonar, accidente del trabajo*».

LEYES Y DECRETOS

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN — Chile

REVISTAS DE REVISTAS

El homicidio por piedad

ES lícito, es humano apresurar la muerte del hombre que se encuentra atacado de un mal incurable y doloroso, respecto del cual se creen impotentes, en absoluto, todos los recursos de la ciencia? Puede darse la muerte a un ser que se halla en tal situación a pretexto de evitarle sufrimientos? Tal es el tema que el licenciado don Carlos Morales trata en un artículo publicado en los números 11 y 12 de la "Revista Mexicana de Derecho Penal".

Es la grave cuestión de la eutanasia, tema apasionante para médicos, jueces, abogados y hombres de letras. El señor Mo-

rales lo desarrolla con notable brillo para llegar a la conclusión de que no hay derecho, ni consideración alguna que justifique la llamada "buena muerte" o el "homicidio por piedad", como él dice.

Examinada primeramente la cuestión desde el punto de vista médico, la ética profesional, dice nuestro autor, se revela a causar la muerte deliberada. Si el principio de la eutanasia es producir sin dolor alguno la transición del ser al no ser, existen medios suficientes para tal objeto. La morfina y otros analgésicos y narcóticos bastan para calmar los sufrimientos in-

El homicidio por piedad

83

tenso en el cáncer ulcerado, la hidrofobia, el tétanos, etc. Y luego después debe considerarse que los especialistas de la medicina y de la cirugía han creado una situación de eficiencia y de responsabilidad que antes no existía, y que no permite a los profesionales de estas ciencias abandonar la partida sino en casos calificadísimos. Recuérdese al respecto, entre muchos otros el de un ingeniero a quien se llevó moribundo, con gravísima hemorragia por úlcera gástrica al docto. ruso Sergio Judine y este célebre cirujano, lejos de apelar al fácil recurso de la jeringuilla con el calmante adecuado, se puso a la obra de conservar aquel resto de vida procediendo a la transfusión de sangre de cadáver y a la gastrectomía, y el éxito fué completo.

"El médico, dice el señor Morales, se ve constreñido a ser cauto y cumplir hasta lo último sus obligaciones contractuales de la manera más eficiente y adecuada. Fué contratado para curar, para sanar, no para matar. Y si sus métodos terapéuticos devienen inútiles en la evolución del mal, jamás debe provocar la muerte a sabiendas, ya que a ello se oponen los términos de su contrato o conven-

ción. Por tanto, ni moral, ni jurídicamente ~~se~~ lícito para el médico producir o emplear la eutanasia. Recuérdense las nobles palabras del doctor Royo Villanova; son frases de aliento, de consuelo, de una inmensa belleza espiritual: "Cuando se abren las puertas al médico se abren a la esperanza; su presencia atenúa y suspende la desesperación. A la cabecera del lecho de la muerte, el médico, aunque nada pueda hacer, es siempre la última trinchera, la defensa desesperada de la vida ante el misterio de la ulterior evolución". Herbert Spencer, en cambio, quejase de que se pierda lastimosamente el tiempo prodigando cuidados a los enfermos de los hospitales. Egoísmo bárbaro. Pero aún situándose en este punto de vista, no dejan de prestar utilidad, y una utilidad inmensa, los aquejados de males incurables. El doctor Tourdes opina que debe dejarse una amplia iniciativa a la sagacidad y experiencia del médico y del cirujano; pueden y deben aplicar el tratamiento u operación que les sean propios, y no están obligados a seguir las prácticas y enseñanzas de los grandes maestros.

"Esto quiere decir que los enfermos incurables ofrecen oportu-

tunidades valiosas a la observación y a la experimentación, con gran provecho para el acervo de los conocimientos médicos, de tal suerte que un mal incurable hoy dejará de serlo mañana. No que los pobres pacientes se conviertan en conejillos de Indias, porque, en verdad, sólo se investigará qué remedio es el más apropiado. En un sujeto que padece de parálisis general progresiva, por ejemplo, se harán comprobaciones de los diversos tratamientos terapéuticos. Así puede llegar a establecerse si el arsénico opera mejor que el bismuto; si sus resultados son beneficiosos en forma de triparsemina o de arsenobenzol; si éste debe ser progresivo como quiere Levaditi o reducido y continuo, como aconseja Sicard; si son provechosas las inyecciones intracerebrales o intrarraquídeas; si son procedentes las infecciones por paludismo como preconiza Claude, etc.”.

Y en lo que toca a enfermedades mentales, cree el autor que no pueden establecerse demarcaciones precisas ni límites ciertos, por lo cual rechaza perentoriamente las doctrinas y opiniones de Binding y Hoche, acérrimos partidarios de la eutanasia, que proclaman y acon-

sejan la muerte de los psicópatas incurables. Aparte de que la muerte de dichos seres dejaría a los psiquiatras sin material de experimentación, con gran perjuicio de su especialidad médica, no debe olvidarse, dice, que el diagnóstico en enfermedades mentales rara vez resulta preciso y verdadero. Muchos oligofrénicos, imbéciles y débiles de la mente, retrasados, cretinos, etc., encuentran un mejoramiento asombroso con la terapia glandular. Cuando a estos seres desdichados se les somete desde la infancia a una pedagogía especial, los resultados no dejan de ser halagüeños.

Después de referirse a la importancia cada vez más acentuada del psicoanálisis como sistema de diagnóstico y de curación, el señor Morales llega a las siguientes conclusiones:

“1.º Por ética profesional y por espíritu científico de investigación, ningún médico debe producir la buena muerte de un enfermo sometido a su control 2.º A ello también opónese las relaciones jurídicas que mantiene con el paciente y sus familiares. 3.º El criterio de la incurabilidad de un mal determinado (una de las condiciones de la eutanasia) se funda siempre

El homicidio por piedad

85

en el diagnóstico, es decir, en un criterio conjetural y empírico, fácil de incurrir en un grave error. 4.º Un gran número de enfermedades orgánicas consideradas como incurables, reconocen como causa traumas psíquicos. La psicoterapia puede borrar dicho criterio de incurabilidad. En conclusión, el médico, por todos los medios posibles, debe conservar una vida amenazada, que se ha confiado a su cultura y a su honradez profesional".

El autor estudia en seguida el caso de los homicidios por piedad perpetrados por personas extrañas a la medicina y cita varios casos de esta clase que fueron comentados, en su hora, por la prensa de todo el mundo y con los más encontrados criterios. Tal fué, por ejemplo, el caso de Stanilawa Uminke, "affaire" conmovedor que mereció los honores de ser estudiado por Ferri, Jiménez de Azúa y Royo Villanova, juristas y hombres de ciencia eminentes los tres. En breves palabras, el suceso a que aludimos se desarrolló así: encontrándose su novio, Zysnowsky, en un sanatorio de París, enfermo de tuberculosis y cáncer, Stanislawá fué llamada con urgencia a la ciudad de Varso-

via, donde a la sazón se encontraba. Acude a París, y el enfermo, sufriendo lo indecible, y ante lo irremediable del mal, suplica a su novia que le conceda el descanso supremo. La petición es reiterada y vehemente. La Uminska, después de una lucha sin tregua, empuña el revólver y dispara sobre la cabeza del desdichado Zisnowsky. Los jurados la absolvieron.

En todos los homicidios por piedad, opina el señor Morales, se revela un impulso morboso, resultante, acaso, de la sugestión y el contagio mental. Esto, claro está, cuando es el enfermo quien pide la muerte. Y aún en aquellos casos en que no es el paciente quien solicita morir, los homicidas piadosos, dice, no pueden considerarse como personas normales; obran, actúan, obedeciendo más bien a las impulsiones egoístas arraigadas en lo profundo del inconsciente, que hacen reaccionar automáticamente al ser contra o ante el espectáculo de toda dolencia o peligro. No encontramos la piedad en la acción de un hombre que arrebató una vida. "En el sentimiento piadoso hay mansedumbre, sacrificio, bondad infinita, estoicismo supremo; jamás violencia sanguinaria, impulsión morbosa,

desequilibrio psíquico o alteración mental. Piedad es caridad, dulce consuelo, manos suaves sobre cruentos dolores; no crimen ni arrebató homicida".

Del tema fundamental de su estudio pasa el señor Morales a otro asunto o aspecto íntimamente relacionado con el homicidio piadoso, el del suicidio por contagio mental, casos en que, según las palabras de Viroux y Juquelier, "todo pasa como si un movimiento, una emoción, una idea, un acto se transmitiera de un sujeto a otro". Esto se advierte claramente en los llamados "suicidios a dos" porque son dos las personas que se conciertan para quitarse la vida. Los psiquiatras hablan también como de un hecho perfectamente comprobado de los "suicidios primaverales" porque en primavera suelen producirse verdaderas rachas de atentados contra la propia vida. Y a este respecto dice el autor: "Si la política criminal reconoce como objeto implantar medidas preventivas, creemos que no debe desinteresarse del funesto problema de los suicidios, y que para evitar su contagio urge establecer sanciones para el Werther superviviente. La clase de pena, dependerá, como es natural, de las

circunstancias que ocurran, ya que es lo mismo castigar a un cuerdo que a un enfermo, pues, en todo individuo que atenta contra su vida, o al menos en su mayor parte, hay que encontrar un melancólico delirante".

Después de reforzar sus argumentos dirigidos a probar que en los homicidios por piedad hay siempre un estado mental o efectivo claramente morboso capaz de producir un estado peligroso en un allegado, siempre que éste sea un predispuesto, el licenciado don Carlos Morales termina así su interesante estudio:

"Digamos para terminar, que nadie tiene derecho para arrebatar una vida so pretexto de compasión. El principio de la inviolabilidad de la existencia, como dice Dechambre, es una conquista de la misma civilización. Ni los médicos por espíritu compasivo o piadoso deben matar. Cuando Napoleón ordenó a su médico que diera opio a los leprosos de Jaffa, aquel contestó que su deber era "conservar". El doctor Villanova cita al profesor Landouzy, que terminantemente dice: "Curar algunas veces, aliviar a menudo, consolar siempre". Es nuestro punto de vista. No puede ha-

El homicidio por piedad

87

ber, no puede existir piedad alguna cuando en forma violenta

y sanguinaria se destruye una vida”.

Capacidad Jurídica de la mujer casada

LA situación jurídica de la mujer casada se contempló por nuestro Código Civil con el criterio de la época, es decir, con el criterio comúnmente aceptado por los jurisconsultos que vivieron a mediados del pasado siglo. Las opiniones se han modificado notablemente al respecto en los días actuales y es así como en la legislación de no pocos países se ha reformado sustancialmente las leyes destinadas a fijar la posición o capacidad jurídica de la mujer, especialmente de la mujer casada. Entre nosotros se dictó el Decreto-Ley N.º 328, de 12 de Marzo de 1925, que introdujo novedades tan interesantes como la patria potestad de la madre por falta del padre, la capacidad de la mujer para el desempeño de la tutela y de la curaduría y el derecho de la mujer casada para la administración de aquellos bienes que sean fruto de su trabajo profesional o industrial, respecto de los cuales se la consideraba como separada de bie-

nes. Pero todo esto podía estimarse como un programa o aspiración mínimos en la materia, por lo cual acaba de dictarse la ley que modifica y reforma una serie de disposiciones del Código que se refieren a la capacidad civil de la mujer.

En Bélgica se ha abordado también este asunto en el Parlamento aprobándose la ley de 20 de Julio de 1932 que ha los artículos del Código Civil relativos a los derechos y deberes correspondientes de los cónyuges. Con este motivo, Madeleine Gevers publica en la “Revue Critique et de Jurisprudence” un artículo en que estudia los cuatro aspectos fundamentales que pueden distinguirse en la ley belga, a saber: reemplazado por textos nuevos I. Generalidades.— II. Organización y sanción del mutuo auxilio.— III. Autorización de la mujer casada.— IV. Bienes reservados. Transcribimos en seguida una información sobre la parte tercera de la nueva ley belga, según versión que apare-